

EL BARCO



DE VAPOR

María Menéndez-Ponte

# Retoñito

Ilustraciones de Miguel Ordóñez





Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz  
Ilustraciones: Miguel Ordóñez

© María Menéndez-Ponte, 2010  
© Ediciones SM, 2010  
Impresores, 2  
Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323  
Fax: 902 241 222  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hijo Álvaro,  
de cuya imaginación  
salió un buen día Retoñito.*



## *1 problema sin solución*

ÁLVARO dibujó un triángulo apretando con fuerza el rotulador sobre el papel. Empezaba a estar harto. Era el sexto que dibujaba y no conseguía que le saliera el problema. ¿Cómo podían los profesores poner problemas tan difíciles?

¿Es que no había una ley que protegiera a los niños? Debería estar prohibido hacerles trabajar de esa manera.

¿Acaso no les bastaba con todo lo que hacían en el colegio?

Un problema así, con toda seguridad, tenía que causar graves daños en el cerebro.

Nada, que no, que aquello era imposible. Daba igual cuántas veces lo dibujara, que seguía sin salirle.

¿Y si el problema estaba mal  
y por eso no conseguía resolverlo?  
¡Con lo bien que estaría él jugando  
con la consola o viendo la tele!

Estaba furioso. Tan furioso que dibujó  
el triángulo al revés, con el vértice  
hacia abajo y la base hacia arriba.  
Luego le puso dos ojos como pelotas  
de ping-pong, separadas únicamente  
por unas cejas en forma de uve, una nariz  
de patata y una boca que parecía  
una U gigantesca. A continuación  
le añadió una media luna color castaño  
a modo de flequillo y tres retoños de pelo,  
uno en cada vértice y otro en el centro.  
Y un cuerpo rechoncho. Y unos brazos  
que parecían patas de cigüeña. Y unas piernas  
tan cortitas como las del ciempiés.

Y de pronto, el problema de mates  
se convirtió en Retoñito, pues así fue  
como lo bautizó Álvaro en vista de los retoños  
de pelo que sobresalían de los vértices  
y de la base del triángulo.  
Era un personaje simpático,  
un poco descarado tal vez y muy inquieto.

Inmediatamente,  
Álvaro decidió hacer un cómic con él  
y se puso a ello con gran entusiasmo.

¡Qué lejos estaba el pobre de imaginar  
el sinfín de problemas que iba a causarle  
aquel *simpático* personaje!



## *Un problema que se multiplica por 2*

ÁLVARO no había hecho más que dibujar unos trazos del que sería el mundo de Retoñito, cuando oyó la voz de su madre:

–¡Álvaro, ven a cenar!

«¡Qué fastidio, precisamente ahora que me acabo de poner!», pensó. La tentación de seguir dibujando era muy fuerte, no se podía dejar una obra a medias. Pero si había algo que odiaba su madre era que la hicieran esperar con la comida enfriándose en el plato. Y por desgracia, él lo hacía muy a menudo. No apostaba, desde luego; simplemente, se le iba el santo al cielo. Por eso su madre había hecho un trato con él, nada justo,



a su parecer. Cada vez que se retrasaba, le quitaba cincuenta céntimos de su paga. ¡De su mísera paga de tres euros! Y desde luego, este no era el mejor momento para dejar escapar ni un solo céntimo, no ahora que estaba ahorrando para un videojuego. Lo tenían todos sus amigos menos él, era un juego estupendo. Y deseaba tanto tenerlo...

Como si le hubieran apretado algún resorte, Álvaro se puso en pie, tiró el rotulador sobre la mesa y se abalanzó sobre la puerta. Pero no llegó a abrirla. Una voz lo dejó tieso, congelado.

–¡Eh, tú, Bávaro o como te llames, no puedes dejarme así!

«¿Quién ha dicho eso?»,  
pensó Álvaro preocupado. Su madre  
solía decir que su imaginación era atómica,  
pero... ¿hasta el punto de oír voces?

Álvaro decidió olvidarse del asunto  
y marcharse a cenar antes de que su madre  
le requisase esos cincuenta céntimos  
que tanto le costaba conseguir,  
así que presionó hacia abajo  
la manilla de la puerta.

–¡Ni se te ocurra marcharte, Bávaro!  
–volvió a decir esa voz autoritariamente.

Álvaro se quedó tan tieso  
como la propia manilla.  
No era producto de su imaginación,  
sino una voz real, desconocida,  
con un extraño timbre metálico,  
que había sonado a sus espaldas  
con toda claridad.

Y no se trataba de la radio  
porque estaba apagada.

¿Quién diablos era entonces?

?



## *A la de una, a la de dos y a la de...*

ÁLVARO seguía ahí de pie, contemplando la manilla desconcertado, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

–Te estoy diciendo que vengas, ¿no me oyes? –insistió la voz. Sonaba tan impaciente como la de su madre, pero no era ella.

Álvaro se giró hacia la mesa como un detective en plena acción y preguntó:

–¿Quién ha dicho eso?

–Soy yo, Retoñito.

Álvaro se quedó paralizado.  
¿Tendría razón su madre?



¿Era su imaginación tan atómica  
que hasta podía oír la voz del monigote  
que acababa de dibujar en el papel?

–¡¡¡Qué!!! –chilló la voz  
con un volumen desproporcionado.

Sus oídos retumbaron  
como si unos platillos hubieran tocado  
un final apoteósico dentro de sus orejas.

–¡Vamos, Bávaro! ¿Piensas quedarte  
ahí pasmado toda la noche?  
¡Siéntate y sigue dibujando! –le ordenó.

Como un autómatas, Álvaro,  
absolutamente desconcertado,  
dio los pasos que le faltaban  
para llegar hasta su mesa de trabajo  
y fijó los ojos en el papel  
donde acababa de dibujar a Retoñito.



Entonces observó que tenía una expresión diferente a la que él le había dibujado: estaba enfurruñado.

–Pero...

–¡Pero nada! –le cortó el monigote–. No vas a dejarme así, en medio de... de... ¡de la nada! –gritó.

Muy asombrado, Álvaro cogió el papel entre las manos y le preguntó cara a cara:

–¿Cómo es que puedes hablar?

–Ja. ¿Es un chiste?

¿Me lo preguntas tú, que me has creado?

–Pero es que yo...

–¡Venga, tío, corta el rollo y ponte a dibujarme juguetes, que me aburro!